

Perú: En busca de armonía

Alejandro Mendible

En una visita en estos días a Lima se puede observar cierto optimismo, no obstante que la brumosa capital continúa presentando serios síntomas de calcutización como producto de los largos y penosos años de dificultades económicas, a las que se le suma la cruenta acción terrorista de Sendero Luminoso. El optimismo alcanza a los medios de comunicación, y de esta manera el conocido periódico «El Comercio» dedica varios de sus editoriales a comentar los logros de la recuperación económica y los beneficiosos efectos de la pacificación del país. La situación es considerada como «una de las recuperaciones más dramáticas de América Latina». También los medios de comunicación peruanos se muestran complacidos por las laudatorias declaraciones de Michel Camdessus, presidente del FMI, en su reciente visita al Perú. Sin embargo, el ambiente de optimismo encuentra en los preparativos de la elecciones presidenciales a efectuarse en abril del próximo año cierto margen de expectativa en la opinión pública. Especialmente debido a la actitud asumida por la esposa del presidente, Susana Higuchi, quien después de algún tiempo manteniendo públicas desavenencias maritales, ahora ha decidido enfrentar políticamente a su marido, creando un movimiento con el sugestivo nombre de Armonía.

La búsqueda de la armonía resulta un desiderátum difícil de alcanzar si se considera el desarmonioso proceso histórico peruano. Una visita por los principales museos que guardan el pletórico reservorio evolutivo del Perú y la lectura de algunas reconocidas fuentes históricas referenciales, permiten captar al interesado en la realidad del país, dos cosas: primero, el problema del indio es un hecho constante y, segundo, debido a lo anterior, se ha tornado difícil el proceso para alcanzar un orden que garantice la estabilidad social.

Perú es un país con tres regiones bien definidas: las cumbres andinas, que la gran cultura inca venció, para convertirlas en un hábitat más allá de los cuatro mil metros de altura; la costa, una franja sinuosa de arenales que se extienden por miles de kilómetros, de frente al Pacífico, apenas interrumpidos por oasis fluviales, y la selva, de bosques amazónicos, refugio de miles de exóticas especies de animales y de plantas. Sin embargo, el Perú actual continúa siendo una formación costera. En gran medida la acción de poblamiento sigue constreñida a la tierra baja. Ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes. En los Andes, el español no fue nunca sino un pionero o un misionero. En tal sentido, ha predominado hasta el presente una falta de integración nacional determinada en gran medida por las marcantes separaciones geográficas existentes entre las regiones. Por ejemplo, puede destacarse que todavía aguardan por su realización las propuestas del arquitecto Belaúnde Terry, formuladas en 1960, un plan carretero nacional y la incorporación de la selva mediante la construcción de una gran carretera marginal.

La colonia no hizo sino usufructuar el triunfo militar de los conquistadores sobre el indio. La República, a la que le tocaba elevar al indio, lo degradó más al imponerle una sola nacionalidad y quitarle la que le pertenecía. La situación del indígena continúa siendo el principal problema por resolver, y en cierta medida podría decirse que todavía el Perú es una nación en formación.

Los tres siglos de colonización transformaron al Perú en una vasta empresa minera y agrícola e hicieron de la ciudad fundada por Francisco Pizarro su centro político e intelectual. Pero, a diferencia de la ciudad de México, que ocupó el corazón del imperio azteca y fue conservada por Hernán Cortés como la capital de

la Nueva España, Lima, por el contrario, fue fundada lejos del mundo andino de los incas. El Cuzco fue la capital del imperio incaico conocido con el nombre de Tahuantinsuyo. En su florecimiento se unificaron varias culturas urbanas avanzadas, se resolvieron de manera ejemplar los más diversos problemas: ecológicos, con cultivos de terrazas y regadíos; de comunicaciones, con caminos desde el Cuzco hasta Quito; administrativos, desde Colombia hasta Argentina; y distributivos, tanto que algunos lo calificaron de «socialista». La situación excéntrica de Lima influyó para que el mundo andino de los indígenas prosiguiera sin mucha alteración. Se creó la separación entre dos sociedades sólo conectadas por la explotación y los vínculos de intereses creados por la yuxtaposición del colonizador sobre el indígena. Lo anterior motivó el descalabro de la civilización indígena. Según apreciaciones confiables, se estima que entre 1532 y 1620 la población aborigen, de unos 8 millones, descendió de manera abrupta a 800 mil. Por otra parte, el Barón A. Humboldt captó a finales del siglo XVIII, que «el Perú no tendrá paz ni integrará un estado coherente y orgánico hasta que las dos naciones que lo componen no puedan convivir en la igualdad del régimen jurídico, de la reciprocidad cultural y del común respeto».

En cuanto al desarrollo económico del país, encontramos que si la minería había llevado a establecer el centro dinámico en la sierra, el guano y el salitre determinaron su traslado a la Costa, acentuando un tipo de desarrollo desigual. El desarrollo desigual, el creciente proceso de marginamiento socio-económico y la exclusión del indígena dieron curso a un «Perú profundo», que aflora con dramatismo en el «mapa de la pobreza», de reciente elaboración, donde se evidencia que de una población de 22 millones de habitantes, 12 millones viven en condiciones extremas.

Desde 1535 hasta hoy, el indio ha sido despojado de su tierra. La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El siente que la vida viene y vuelve a la tierra. El despojo del indio ha contado para mantener una resistencia de ese gran sector de la población a la integración económica. Su resistencia no fue siempre pasiva, y todavía se recuerda a Tupac Amaru, quien en 1780 se insubordina contra el poder español para protestar contra los

repartimientos y los injustos impuestos que los indios no podían pagar. El proyecto de Tupac Amaru era el de forjar un estado multinacional independiente, bajo la hegemonía incaica, pero que comprendiera a todas las nacionalidades, incluidos los criollos y mestizos.

Durante la independencia se produjo la fusión mestizo-indígena cuando ya el movimiento nacional indígena había sido prácticamente derrotado. Después de la independencia la sociedad peruana republicana continuó con el «pecado original de la conquista». El estigma de haber nacido y formado, sin y contra el indígena.

En el período independiente destaca la Guerra contra Chile en 1879. La posesión de yacimientos de nitratos descubiertos en el desierto de Atacama constituye el pretexto de la guerra, una de las más sangrientas entre naciones latinoamericanas. La conmoción creada por la derrota afectó el prestigio militar, pero los eventos posteriores, la necesidad de mantener la unidad nacional, así como los conflictos fronterizos con Colombia y Ecuador, motivaron el fortalecimiento de nuevo militarismo. En forma autocrítica el gran pensador peruano González Prada reconoce en «Páginas Libres» que «la mano brutal de Chile despedazó nuestras carnes y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre». En todo caso, la afrenta y las cicatrices del conflicto siguen presentes y cuentan en cualquier intento de análisis para la comprensión del Perú actual. Por ejemplo, el 26 de agosto de este año, Torre Tagle, la eficiente cancillería peruana, y el Parlamento retiraron un entendimiento fronterizo con Chile para retrotraer la situación al Acuerdo de 1929.

En el presente siglo en la presidencia se suceden hasta la crisis de 1930, José Pardo, Guillermo Billinghurst, Oscar R. Benavides y Augusto B. Leguía, quien establece la dictadura conocida como «el oncenio», que se fundamentó en el florecimiento económico. El algodón, el azúcar y otras materias primas que el país producía en gran escala se cotizaban inmejorablemente en los mercados de Nueva York y Londres. Leguía fue depuesto en 1930 por el General Luis M. Sánchez Cerro, y en los tres años siguientes surgió una crisis política caracterizada por el enfrentamiento frontal entre el presi-

dente y el APRA. El enfrentamiento tuvo un final trágico al producirse el asesinato del Presidente por un militante aprista.

La respuesta a la gran crisis del sistema capitalista internacional de 1930 presentó en Perú una forma muy peculiar. La clase dominante no pudo constituir su propio partido y expresarse a través de él, debiendo apoyarse desembozadamente en el ejército. No existía un sector de la burguesía nacional interesado en establecer un Estado reformista. Perú no contó con una política de sustitución de importaciones como se presentó en otros países del área.

La principal fuerza política, el APRA, liderizada por Víctor Raúl Haya de la Torre, a partir de la década de 1930 sufrió el veto del ejército para gobernar, después de producirse una gran matanza en el departamento de Trujillo. Para buscar evadir las confrontaciones directas, el partido elaboró un «plan mínimo», donde proponía la progresiva erradicación del sistema de hacienda, la negociación con el capital extranjero para encontrar una fórmula que facilitara su asociación con el Estado y el fortalecimiento y ampliación de las funciones estatales. Además, para no despertar temores, Haya de la Torre en un célebre mitin, en la Plaza de San Martín, en 1945, expresó que «el APRA no viene a quitar la riqueza a quien la tiene sino a crearla para quien no la tiene». Sin embargo, la ascendencia y prestigio del partido como principal fuerza política empieza a experimentar una merma de credibilidad en 1956, cuando de manera inesperada pacta con el General Manuel Odría. La dictadura militar que se había iniciado en 1948 persiguió de manera descarnada y brutal al movimiento popular y a los dirigentes apristas. En ese período el exilio de Haya, en la Embajada de Colombia por diez años, se convirtió en un acto destacado de la arbitrariedad del gobierno militar. En tal sentido, el nuevo pacto entre el partido y sus verdugos erosionó grandemente el prestigio de la organización. Después de 1956 se presenta una década de alta inestabilidad política, lo cual contribuyó para crear las condiciones del golpe de estado en 1968. El nuevo presidente, el General Velasco Alvarado, no representó un mero golpe de estado sino el inicio de una profunda transformación nacional. La quiebra del poder tradicional de la oligarquía mediante la aplicación de la Reforma Agraria,

un profundo programa de nacionalizaciones y otras políticas nacionalistas contribuyeron a esta finalidad. Pero la intromisión militar en la conducción nacional, por doce años, creó nuevos problemas, en particular en el plano económico y los derivados de la deuda externa. Estos hechos motivaron el regreso de los militares a los cuarteles durante el gobierno del General Morales Bermúdez. Posteriormente, el país tomó, con dificultades, la senda de la democracia representativa durante los gobiernos de Belaúnde Terry y Alan García, cuando la crisis de la deuda externa alcanzó su momento climático. Pero en el gobierno de Alberto Fujimori en 1992, para contrarrestar el terrorismo y los grandes desarreglos económicos se establece una situación de excepción, predominando a partir de entonces una democracia limitada. Hoy, el terrorismo derrotado y los síntomas de recuperación económica crean optimismo, pero todavía la armonía parece algo remota.

LA RECORDACION DE MARIATEGUI

En este año se conmemora a nivel mundial el Centenario del nacimiento de José Carlos Mariátegui. En la Biblioteca Nacional del Perú, en Lima, se exhibe una exposición representativa de su obra y se lleva a efecto un ciclo de conferencias. El personaje nace el 16 de junio de 1894, en Moquegua, pueblo del sur del Pacífico peruano, y muere en Lima el 16 de abril de 1930. A pesar de su corta vida, dejó una obra extensa, donde destacan los «Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana», publicado por primera vez en noviembre de 1928. Desde entonces han aparecido 59 ediciones de la obra, y ha sido traducida a los principales idiomas del mundo. También, Mariátegui fue el fundador de la revista *Amauta* que se convirtió en el foco indiscutible de radiación cultural en el Perú entre 1926 y 1930 y se constituye en uno de los órganos de mayor reconocimiento continental.

José Carlos Mariátegui, junto con Luis Alberto Sánchez, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Basadre, Luis E. Valcárcel, Emilio Romero y Raúl Porras Barrenechea, se encuentra entre los grandes guías del conocimiento e interpretación del Perú contemporáneo. A pesar de los sesenta y cuatro años transcurridos de su muerte, él sigue siendo un escritor actual. Waldo

Frank, quien lo conoció personalmente, dice que su vida es la historia de una hazaña del espíritu, en la que, sobreponiéndose a una dolencia física irremisible y al temprano truncamiento de sus estudios escolares, en forjamiento autodidacta, alcanzó las más altas cimas del saber y lo volcó en favor de la justicia, a base de una voluntad indesmayable y de una gran fe en su propio destino. Parodiando el pensamiento de León Halkin, en la vida de Mariátegui encontramos, «el retrato de un hombre que lleva los vestidos de su tiempo y que se destaca sobre un fondo que es su tiempo mismo». En él la teoría y la praxis se funden en la actitud diaria de su espíritu revolucionario, que tiene quizás como rasgo más sobresaliente la autenticidad.

Mariátegui fue especialmente periodista. Muy joven se dio cuenta que más que el libro, el periódico es el hogar por excelencia del pensamiento hispanoamericano. La esencia completa de su visión hay que sacarla de un cúmulo enorme de escritos fugitivos y del testimonio de sus simpatías y de sus amigos. Concibió al Perú como una realidad diversa, compleja y dinámica, que tenía sus raíces históricas en un largo proceso de cambios y de permanencias. Tuvo siempre como preocupación la integración total del indígena en la sociedad peruana, y el estudio de los obstáculos que se oponían a este proceso.

Mariátegui muere cuando el marxismo distaba mucho de la crisis y del cuestionamiento que experimenta en la actualidad, cuando todavía su obra literaria se encontraba en embrión. Sin embargo, la literatura indigenista cobra en él gran representatividad. Por otra parte, su muerte se produce cuando la dinámica política entra en un momento de deslinde entre las fuerzas populares. Por ejemplo, el APRA es creado como partido político por Haya de la Torre, a lo cual se opuso en los últimos años de su vida.

EL FUJIDRAMA Y LOS DESAFIOS ELECTORALES

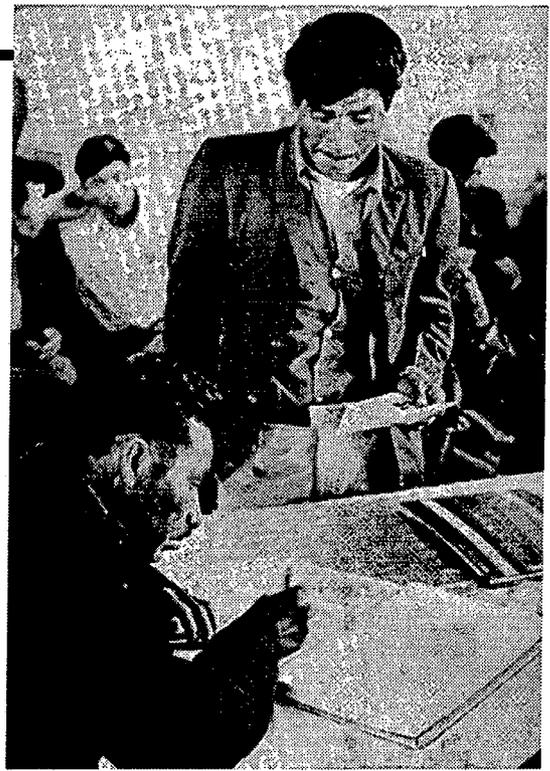
Para las próximas elecciones presidenciales ya se encuentran las candidaturas de Javier Pérez de Cuéllar, ex-Secretario General de la ONU; Ricardo Belmont, alcalde de la capital; y el presidente actual, Alberto Fujimori. Pero también ha alcanzado gran notoriedad la aspiración de la

Elecciones en abril: ¿de la calcutización a la armonía?

esposa del primer dignatario, Susana Higuchi. Hoy el presidente Fujimori cuenta con una amplia aceptación, según las encuestas de opinión, y en algunas se indica que puede ganar las elecciones en la primera vuelta con un poco más del cincuenta por ciento. Las razones para la popularidad del presidente se deben a sus logros económicos y políticos. En particular, la reducción de la inflación: Antes de Fujimori, los precios al consumidor aumentaron 7.500 por ciento, pero el aumento podría reducirse para 1995 a cifras de un solo dígito. Fujimori ha reducido la amenaza terrorista tras la captura de Abimael Guzmán y ha propinado duros golpes al aparato de Sendero Luminoso. También, según los analistas, cuenta en su favor la recuperación del empleo, la acumulación de cinco mil millones de dólares de reserva y la lucha contra la corrupción.

El tema de la corrupción, un tema destacado en la problemática latinoamericana, alcanza notoriedad también en Perú. Por una parte, por el resonado caso del expresidente Alan García, hoy exilado político en Colombia, a quien se le sindicó de poseer una cuenta abultada en dólares, en la isla del Gran Caimán. La situación comprometida de García ha colocado al APRA en una posición difícil. García, en carta del 17 de agosto, renuncia al partido, no sin antes señalar que lo que quieren sus enemigos es obstaculizar el aprismo, que es la única fuerza popular capaz de hacer frente al neoliberalismo a nombre de justicia social. Por otra parte, el tema de la corrupción ha sido esgrimido por la Sra Fujimori para casos del entorno personal del Presidente.

El autoritarismo que caracteriza y define al régimen fujimorista desde el 5 de abril de 1992 ha despertado polémicas dentro de diferentes círculos políticos nacionales. Y, más recientemente, César



Arias Quircot, en «La Modernización Autoritaria», sostiene que la manifestación tiene hondas raíces históricas en el Perú, que se remontan a su época pre-hispánica y se prolonga a lo largo de la colonia y la república. Igualmente, para Alvaro Vargas Llosa, en «La Contenta Barbarie», y Alan García, en «El Nuevo Maquiavelo», la situación actual tiene sus raíces en una cultura política peruana de tipo autoritario, y que ésa es la razón que explica la popularidad de este tirano «insufrible», el presidente Alberto Fujimori.

En otro orden de ideas, algunos analistas enfocan el tradicional tema del militarismo, encontrando que en Perú, a partir de 1992, se presenta una nueva fase del militarismo. En el pasado las fuerzas armadas trataron de poner fin a la violencia terrorista respondiendo con similar brutalidad, pero la experiencia les demostró que esa actitud era contraproducente y los alejaba de obtener el apoyo popular; además destruía la imagen del Perú en la comunidad internacional. El militarismo peruano actual asimiló la experiencia de las dictaduras militares actuantes en Sudamérica durante las décadas de los 60 y 70. Ergo, decidieron adoptar una dictadura de mampuesto, donde se guardan las apariencias formales por intermedio de una democracia representativa.

El neomilitarismo en Perú ha logrado triunfos tangibles que se traducen en la actualidad en manifestaciones de optimismo. Pero, la armonía continúa siendo un desiderátum muy difícil de alcanzar.